



DISCURSO EN EL XLIII ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS

SIGFREDO HILLERS DE LUQUE

Por parte de algunos camaradas se nos había sugerido —al sector de falangistas que yo represento— que nuestro discurso fuese dedicado a temas abstractos, para no ofender ni molestar a nadie, a hablar de los luceros, del azul de nuestra camisa o a señalar lo que nos une, evitando tocar temas que nos separan. Más o menos, que nos dedicásemos a una especie de juegos florales, para que todos los asistentes saliésemos muy contentos y satisfechos del acto. Puede ser que a algunos camaradas les guste este tipo de actos. A otros, en cambio, estoy seguro que les defraudaría sobremanera. En concreto, a los que hemos pasado años en el Frente de Juventudes. Estamos muy hartos de que se nos engañe, de que se nos oculte la verdadera situación, emborrachándonos con bellas palabras. Yo no vengo a ganar el fácil aplauso del auditorio ni a resultar simpático a nadie. Entre otras razones, porque en la Falange a cuya reconstrucción queremos colaborar no puede tener validez la tesis liberal de un hombre un voto y, en consecuencia, las jefaturas no deben ganarse por palabras o promesas, mediante halagos al electorado, diciéndole las cosas que gusta oír y ocultando todo aquello que le pueda resultar antipático o antipopular. Por lo tanto, no esperéis escuchar de mí que somos los mejores, que la conquista del poder por los falangistas es cosa de unos días o que después de 40 años de no tener Falange y de estar divididos, los falangistas —algunos sirviendo incluso postulados anti-falangistas—, ahora ya por arte de magia tenemos Falange y tenemos unidad.

El papel que nos corresponde a este sector de falangistas que represento, dentro de la nueva Falange que entre todos hemos de recomponer, quizás sea el de “aguafiestas iluminados”, el de “aguijón molesto” contra la pereza mental y la inercia de algunos que desean volver a la España de los últimos años, aunque ésta en nada tuviese que ver con la España que quería José Antonio. Nuestra contribución a la unidad de los falangistas no puede ser por el camino del halago y del falseamiento de la verdad, practicando la política del avestruz de no querer enfrentarse a la realidad y resolver los serios problemas que tenemos planteados.

Nosotros que, como nos enseñó José Antonio, hemos llegado al patriotismo por el amargo camino de la crítica, que amamos a España porque no nos gusta; que amamos a España con espíritu de perfección, aspiramos a construir una Falange vertical y no una Falange adocenada: una Falange combativa y no meramente defensiva; una Falange donde se haga imposible el vegetar; una Falange que no suponga un reducto amurallado donde se refugien quienes huyen de la avalancha que se avecina, pero que años atrás cuando ocuparon altos cargos, se negaron rotundamente a

reconstruir la Falange, aduciendo razones de fidelidades personales, cuando no de pretendido patriotismo. Más aún, que se dedicaron a derribar cualquier tímido intento de reconstrucción de la Falange.

Los falangistas no podemos caer en la fácil trampa de repetir eslóganes manidos, huecos de contenido, que nos desvíen de nuestro objetivo. No podemos dejarnos guiar por los fáciles cánticos de sirena de que para evitar divisiones, hemos de correr un tupido velo sobre el pasado; de que “mirando al pasado podemos convertirnos en estatuas de sal”; que “no importa el pasado, sino el futuro”; que “no importa de dónde venimos, sino hacia donde vamos”, etc. Siempre frases huecas, repetidas una y otra vez; propias de perezosos mentales que rehuyen el esfuerzo de hacer un análisis serio de la situación.

Nosotros ya tenemos dicho en otra parte que “Quien vive en el pasado, puede perder el presente; pero quien ignora el pasado, puede perder el futuro”. Entendemos que es un grave error hacer caso omiso de las enseñanzas del pasado. Estamos convencidos de que para comprender bien la situación presente, es necesario estudiar a fondo el pasado. En cuanto al futuro, mal nos podemos proyectar sobre él, mal podemos elaborar nuestros planes para el futuro si no nos detenemos a analizar la situación presente de España y las causas que la han motivado. No son los ciegos los que tropiezan dos veces en la misma piedra, son los ignorantes, los hombres sin memoria.

No podemos caer en el fácil optimismo de creer que la unidad ya está hecha. Si por el simple hecho de que ahora el Ministerio de la Gobernación autoriza la utilización del nombre de Falange Española, significase que hemos vuelto a tener la Falange de José Antonio, esto equivaldría a confesar que no hemos tenido Falange durante 40 años; que los falangistas hemos estado dispersos y divididos durante 40 años, pura y simplemente porque no nos daban permiso. Para muchos, desgraciadamente, esto ha sido así. Se han movido siempre en la esfera de la estricta legalidad y no han querido dar un paso más allá de lo marcado en el BOE, negándose a participar en cualquier intento de unidad falangista, mientras el Gobierno no lo autorizase.

Algunos camaradas, personas de buena fe pero ayunos de los datos necesarios para juzgar la situación actual, unos por su apartamiento voluntario y otros por haber estado sirviendo en organizaciones que de falangistas sólo tenían los signos externo caen en el fácil expediente de pensar que lo mejor para lograr rápidamente la unidad de los falangistas consistiría en la eliminación de los diferentes grupos que han venido luchando por esa unidad de los falangistas. También caen en el fácil tópico de hablar de “personamos”, sin molestarse en conocer la conducta ni el historial de aquellas personas que se apresuran a descalificar.

Nosotros admiramos la clarividencia de José Antonio cuando en 1936, desde la cárcel, poco antes del Alzamiento, intuía el grave peligro que corría la Falange, al ser subsumida en un movimiento que no era suyo y que —en palabras de José Antonio— “...arrostraría su total desaparición aún en el caso de triunfo”. Nuestros camaradas mayores no pudieron o no quisieron hacer caso de esta clara advertencia de José Antonio, que en su circular continuaba diciendo: “Consideren hasta qué punto es ofensivo para la Falange el que se le proponga tomar parte como comparsa en un movimiento que no va a conducir a la implantación del Estado Nacional-Sindicalista, al alborear de la inmensa tarea de reconstrucción patria bosquejada en nuestros 27 puntos, sino a reinstaurar una mediocridad burguesa conservadora —de la que España ha conocido tan largas muestras— orlada para mayor escarnio con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules.”

Nadie interprete mal mis palabras. Los falangistas a quienes yo represento no queremos empezar por sentar en el banquillo de los acusados a nuestros hermanos mayores. No somos tan orgullosos o pretenciosos como para afirmar que nosotros, si hubiéramos estado en su lugar, lo hubiéramos hecho mejor. Quizás —lo admitimos— pudiéramos haberlo hecho igual o peor. No se trata de condenar a nadie —aunque los hechos pueden ser objetivamente juzgados—. De lo que se trata es de no volver a cometer los mismos errores o de gastar nuestras energías en justificar un régimen que nunca fue el nuestro, o de justificar los errores que falangistas o pseudofalangistas *hicieron a título personal* desde las filas del Movimiento. Desde luego, mil veces preferible la división antes que otra nueva Unificación, para ser utilizados como compañeros de viaje, como comparsas, de organizaciones de derechas.

Entendemos que la Falange que nace hoy no está destinada a defender todo aquello —bueno y malo— que creó el régimen del 18 de julio. Los falangistas defenderemos únicamente aquello que merezca la pena ser defendido, que coincida con nuestros ideales, independientemente de que haya nacido o no con el 18 de julio. Nuestra fidelidad está con los principios inmutables de la doctrina falangista y no con el recuerdo nostálgico a lo que pudo ser y no fue. Los que crecimos y luchamos desde las filas del Frente de Juventudes primero, y después en organizaciones ilegales falangistas

en abierta oposición al Movimiento; los que hemos llegado a ser falangistas no gracias al Movimiento, sino a pesar del Movimiento esperamos encontrar dentro de esta nueva Falange Española el sitio que nos corresponde. Si quienes hoy detentan el derecho legal a utilizar el nombre y representen quizá la mayoría numérica quisieran imponernos la condición previa de renunciar a la labor crítica que venimos desarrollando contra viento y marea desde hace más de trece años, no vacilaríamos en apartarnos y fundar nuestra propia Falange, a la cual tenemos perfecto derecho, por la simple razón de que en todos estos años hemos luchado por la pureza doctrinal de la Falange joseantoniana y por el modo de ser falangista.

Ya se que hay camaradas a los que les gustaría oír que la unidad es un hecho y que hemos vuelto a tener la Falange de José Antonio. Sin embargo, debemos trazar una clara diferencia entre lo que deseáramos tener y lo que tenemos en realidad. Nosotros estamos ahora no ante una fundación, ante la creación de algo nuevo, sino del reagrupamiento de diversas fuerzas y corrientes falangistas. Después de 40 años de dispersión e incluso de enfrentamiento, sin organización propia, sin mandos propios, es imposible llegar a la unidad con simplemente apretar un botón. No basta con una unidad aparente y externa. Es necesario trabajar por llegar a la unidad real y efectiva. De todos modos hay que luchar contra ese resabio dejado en algunos por el Movimiento Nacional —por el cual la perfecta unidad consistía en el perfecto inmovilismo—, en entregar un cheque en blanco al mando, para que éste hiciese lo que creyese más conveniente, sin rendir cuentas posteriormente.

Durante horas podríamos estar hablando sobre el importantísimo tema de la unidad de los falangistas, porque no en vano el sector que represento presentaba en 1965, justo hace once años, a la Agrupación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes de Madrid, que entonces presidía Manuel Cantarero y que entonces todavía se proclamaba falangista, un proyecto de más de cinco hojas mecanografiadas exponiendo como se podía llevar a cabo tal unidad entre falangistas de dentro y fuera del Movimiento. Que cada uno en su fuero interno se pregunte quienes hace once años se preocupaban seriamente por la unidad de los falangistas y quienes en aquel entonces la combatían.

Hay que evitar todo paso que nos lleve a una unidad ficticia; a una unidad sólo aparente. Hay que afrontar la realidad tal y como es. Hay que acometer la verdadera unidad, aunque para ello tengamos que enfrentarnos a temas muy delicados para algunos. Hay que empuñar el bisturí, aunque éste haga sangre; hay que limpiar bien cada herida y evitar precisamente que cierre en falso. Las unidades sólo aparentes, terminan por enconarse, y luego revientan con un fuerte escándalo para propios y extraños. Hemos de ir siempre con la verdad y la sinceridad, aunque duelan. A la larga la unidad que así se logre, será más duradera. No hay que tener miedo a la crítica, ni a la autocrítica. No estamos en absoluto de acuerdo que esto sea “hacer el juego al enemigo”. El juego se lo hacemos cuando nos colocamos a la defensiva, defendiendo cosas que son indefendibles, cuando les proporcionamos la posibilidad de que sean ellos los que puedan denunciar y criticar errores que en la mayoría de los casos ni siquiera fueron cometidos por camaradas nuestros. La mejor defensa es el ataque; anticipémonos a ellos. No tenemos porqué abandonar en sus manos, banderas que son justas. José Antonio bien nos enseñó que era necesario criticar al sistema capitalista; que era necesario exigir la reforma agraria —incluso más allá de lo propugnado por el Congreso de la República— porque ello era justo y Falange luchaba —y ha de luchar hoy— por lo que es justo, independientemente de si eso es “hacer el juego al enemigo”. Nosotros hemos de criticar lo que se dejó de hacer o se hizo mal, bajo el régimen nacido el 18 de julio, independientemente de si es o no “hacer el juego al enemigo”. Nosotros, los falangistas, hemos de luchar, repito, por la Justicia y por la Verdad.

¿Quién ha dicho que hemos de dejar a los marxistas la bandera de la crítica al régimen de estos últimos 40 años? Nosotros no abandonaremos ninguna bandera que sea verdadera o justa. Tenemos que criticar todo aquello que contenga mentira o injusticia, venga de donde venga y caiga quien caiga. Los falangistas no tenemos hecho ningún juramento de fidelidad eterna a una persona determinada; nuestro compromiso es con la doctrina de José Antonio.

Nuestra lucha no está sólo planteada contra el marxismo. El frente enemigo de la Falange es mucho más amplio. Nos negamos rotundamente a ser pura y simplemente un “bunker” antimarxista. Los falangistas repito, hemos de luchar contra la mentira y la injusticia. Pecaríamos de partidistas y de injustos si nos abstuviésemos de atacar a personas e instituciones flagrantes culpables del delito de injusticia, simplemente por el hecho de que no sean marxistas.

Nuestra crítica no puede detenerse ni siquiera ante quien se titule falangista ¿Quién se atreve a proponer que la camisa azul haga de fácil tapadera o envoltorio para cubrir mercancía averiada?

No se trata de empezar a blandir la espada flamígera, pero si pedir a aquellos que tengan mucho que ocultar, que al menos tengan el mínimo pudor para no ocupar puestos de Mando en esta Falange que renace. Los mandos de

nuestra Falange no pueden tener los pies de barro; no pueden ser fácilmente vulnerables ante cualquier crítica basada en la verdad. La verdad pulveriza, y termina por imponerse. Cuando se descarga como chorro de agua sobre los pies de barro de los gigantes políticos, éstos se derrumban estrepitosamente. Las denuncias ciertas y probadas contra la conducta irregular de alguien que se proclame falangista no pueden arrastrar consigo la suerte de otros falangistas que hayan sido capaces de mantenerse a la intemperie, contra viento y marea, fieles a las consignas de José Antonio.

Por esa razón somos partidarios de la autocritica. Eso no es hacer el juego al enemigo. Todo lo contrario, es arrebatar las armas al enemigo antes de que puedan emplearlas contra nosotros. No se trata de hacer de la Falange una “mafia azul” para protegernos unos a otros. Se trata de formar una organización capaz de transformar a España. Para ello si somos sinceros, si no queremos caer en el grave pecado de la hipocresía, primero tendremos que empezar por renovarnos, por transformarnos a nosotros mismos.

Algunos pueden pensar que somos exagerados; quizás esbocen una benévola sonrisa pensando que el sector al que represento formamos una falange arcangélica. José Antonio, en esto, como en muchas otras cosas sigue siendo nuestro guía y maestro. Aunque no de forma idéntica, hace 40 años a José Antonio se le planteaba un problema similar de unidad entre distintas fuerzas políticas. Quería oponer al Frente Popular algo más que una coalición electoral. Quería dar contenido a ese Frente Nacional. José Antonio no quería la unidad a toda costa. Era necesario despojar a esa organización de todo aquello que la hiciese fácilmente vulnerable. José Antonio impone condiciones que, por supuesto, no son aceptadas. Releamos el criterio de José Antonio. Es muy útil a la hora de establecer las normas por las que debemos regirnos en este intento de unidad de distintas tendencias falangistas: “Bajo esta bandera del frente nacional no se podrá meter mercancía de contrabando. Es la palabra demasiado alta para que nadie la tomo como apodo. Habrá centinelas a la entrada que registren a los que quieran penetrar para ver si de veras dejaron fuera en el campamento todos los intereses de grupo y de clase; si traen de veras encendida en el alma la dedicación abnegada a esta empresa total, situada sobre la cabeza de todos; si conciben a España como un valor total fuera del cuadro de valores parciales en que se movió la política hasta ahora. Concretamente, los centinelas han de tener consignas que señalen los límites del frente nacional: primero, un límite histórico; nada de propósitos reaccionarios, nada de nostalgias clandestinas, de formas terminadas o de vuelta a sistemas sociales y económicos reprobados. No basta con venir cantando himnos. Estas cosas tienen que haberse dejado sinceramente a la entrada por quienes aspiren a que los centinelas les dejen paso. Segundo, un límite moral. Nosotros no podemos sentirnos solidarios de aquellas gentes que han habituado a sus pulmones y sus entrañas a vivir en los climas morales donde pueden florecer estraperlos.”

José Antonio, 40 años después de haber muerto, parece que nos está aconsejando normas sobre cómo hacer la unidad de los falangistas: bajo la bandera de la Falange Española no se podrá meter mercancía de contrabando. Es demasiado elevada para que nadie la utilice como tapadera. *No se puede venir a la Falange con propósitos reaccionarios, nada de nostalgias clandestinas o de vuelta a sistemas sociales y económicos reprobados. No basta con venir cantando himnos* para ser considerado falangista. En cuanto a los futuros mandos de esta Falange que más que nueva pretendemos que sea “antigua”, la Falange auténtica de José Antonio, les recordamos *el límite moral* impuesto por José Antonio: Nuestros jóvenes camaradas no están dispuestos a entregar “el sagrado voto de la disciplina”, como lo denominaba José Antonio, a “gentes que han habituado sus pulmones y sus entrañas a vivir en los climas morales donde pueda florecer el capitalismo más inmoral que José Antonio pudo imaginar, haciéndose necesario recordar a algunos camaradas que no por el hecho de estar legalizado en el BOE deja por ello de ser inmoral y equiparable a los “estraperlos” que conociera José Antonio.

Así de tajante era José Antonio. Muchos han querido dejarle a nivel de “muchacho joven y poético”, “un idealista”; un ingenuo, en suma. No. En absoluto. José Antonio era un hombre muy concreto. Tan concreto como para continuar el párrafo anterior diciendo: “Y hace falta para que nadie se llame a engaño, decir lo que contienen estas dos proposiciones terminantes...”. No es necesario leer el discurso completo. Vemos el enunciado de la primera premisa formulada por José Antonio: “...de la agonía del capitalismo no se sale sino por la invasión de los bárbaros o por *una urgente desarticulación del propio capitalismo...*”. Los camaradas ausentes y presentes que vayan a ingresar en la Falange que pretendemos constituir, tienen la obligación —sobre todo si aspiran a ocupar puestos de Mando— de hacerse el correspondiente examen de conciencia y contestarse si en los 40 años de ausencia de José Antonio ellos se han dedicado a una “urgente desarticulación del capitalismo” o si por el contrario han contribuido a mantenerlo y a beneficiarse —aunque sea legalmente— del sistema capitalista. Quienes dirijan la Falange renacida habrán de explicar si están dispuestos

a luchar seriamente por el “desmontaje del capitalismo” y de paso nos explicarán si tuvieron ocasión de hacerlo en estos últimos 40 años.

En cuanto a aquellos otros que antes señalábamos que creen que la Falange empieza y termina en la reforma agraria, reforma de la empresa, nacionalización del servicio de la banca, etc. es decir, para aquellos que contemplan a Falange únicamente como un manojito de soluciones económicas; que contemplan la historia y la vida sólo en el aspecto material, habrá que recordarles que José Antonio siempre tuvo en su mente una doble faceta para la Falange. Por ello, después de haber desmenuzado en qué consistía el desmontaje del capitalismo, repite una vez más —con machaconería que tan grata no es a nosotros— “Ahora, todo esto no es más que una parte...”. Después de volver a levantar sobre una base material humana la existencia de nuestro pueblo —dice José Antonio— hay que unirlo por arriba: hay que darle una fe colectiva, *hay que volver a la supremacía de lo espiritual*. Esta es la gran misión que José Antonio quería para Falange. Este es el enorme acierto de José Antonio como político; como fundador de una doctrina política en plena vigencia para la España de 1976. José Antonio nunca buscó para su Falange la dirección de la corriente, encaminarla hacia donde se alcanzase más rápidamente el éxito. José Antonio siempre pone a su Falange en dirección a lo que es justo y a lo que es verdad. No cede a la tentación de lograr éxitos parciales a costa de mutilar o amputar principios básicos de su doctrina.

Nuestro ejemplo sigue siendo José Antonio. Él no cambió su línea de conducta cuando desde las páginas de “ABC” le tildaron de “bolchevique” por propugnar una reforma agraria, cuyas líneas maestras siguen siendo aún hoy vigentes para la agricultura española. José Antonio replica con esa magnífica carta del “bolcheviquismo de los privilegiados”, donde explica la equivocación de los derechos de aferrarse a los bienes materiales incluso a costa de conculcar los valores espirituales que dicen servir. Ellos, son los verdaderos bolcheviques, porque comunista —bolchevique— es como dice José Antonio quien parte de una interpretación puramente materialista de la Historia. Ellos, las derechas de la época de José Antonio y las derechas de la España de hoy, son los que verdaderamente están haciendo el juego al enemigo, porque materializan su existencia y dan a sus riquezas más valor que a la Justicia. ¿Quién se atreve a decir que José Antonio está desfasado? José Antonio sigue siendo piedra de escándalo para muchos. José Antonio sigue siendo molesto para muchos incluso falangistas, porque sus afirmaciones suponen en realidad acusaciones contra ellos. A muchos camaradas les tiene que remorder forzosamente la conciencia el releer los textos de José Antonio. Efectivamente José Antonio dijo cosas muy claras y duras. Es mucho más fácil “actualizarla”, que seguir el camino que él nos trazó con el ejemplo de su vida y de su muerte. En esa misma carta de réplica a “ABC”, nos deja unas pinceladas de su autorretrato: “Los que hoy, ante un sistema capitalista que cruje, sacrificamos comodidades y ventajas para lograr un reajuste del mundo, sin que naufrague lo espiritual, somos la negación del bolcheviquismo”.

De nuestra postura ante el pasado dependerá indefectiblemente nuestra postura ante el futuro. Si una persona está orgullosa de las consignas sociales del régimen o de la situación de España en lo económico o en el plano de las relaciones internacionales, será muy lógica su tendencia a defender la situación de España en estos últimos 40 años. Por el contrario, si otras personas —entre las cuales se encuentra el sector de falangistas al que represento— consideramos que las conquistas sociales no son tales; que el nivel económico alcanzado es no solo ficticio en muchos casos, sino basado en la injusticia; y que en el plano internacional España juega un pobre papel, o mejor dicho, un triste papel, la consecuencia lógica también es que tal sector falangista no base su política futura en una actitud de defensa, sino de ataque. Creemos que hemos de enfrentarnos al futuro de España, con el mismo espíritu combativo que animó a los falangistas de primera hora, porque está todo prácticamente por hacer.

Esto, por supuesto, no es demagogia. Por entender que los falangistas no podemos limitarnos a cantar el “Viva la revolución”, el sector que yo represento estuvimos elaborando durante 4 años un análisis de las pretendidas “conquistas sociales” del Régimen en estos 40 años. Fue mi tesis doctoral y por ahí la tenéis circulando en forma de libro bajo el título de “España, una revolución pendiente”. En ese trabajo se demuestra la diferencia abismal que existe entre las solemnes promesas que hizo el Régimen nacido el 18 de julio por medio de sus Leyes Fundamentales, y la triste realidad española no de ahora, sino muy anterior al 20 de noviembre de 1975. Confío que nadie me reproche que del árbol caído es muy fácil hacer leña, o de que trato de aprovecharme de la ausencia, de la muerte del fundador del Régimen. En absoluto, basta con comprobar que el libro fue publicado cuando él todavía vivía y estaba en plenitud de todos los poderes. Confío que tampoco nadie califique de nota de mal gusto el que yo haya hecho mención de este libro escrito por mí, pero publicado con el esfuerzo de todos mis camaradas. Se trata únicamente de evitar que quienes no nos

conozcan puedan llegar a creer que somos unos oportunistas o unos demagogos. Por toda la serie de datos y cifras que aportamos, se nos podrá tachar de “pesados” pero nunca de “demagógicos”.

Para justificar el Régimen de los últimos 40 años no basta el tópico de que “nunca hemos vivido mejor que ahora”. Estaría bueno que en 40 años de progreso material a escala mundial, los españoles viviésemos ahora peor que en 1936. Para ello se tendría que haber prohibido en España el uso de los antibióticos, de la televisión, de los transistores, de los plásticos, etc. El progreso técnico en el mundo durante estos 40 años no puede ser atribuido a una etapa de buen gobierno en ningún país. También en la Unión Soviética, en Yugoslavia o en cualquier país capitalista se vive ahora mucho mejor —económicamente hablando— que en 1936. Y no por eso hemos de alabar el sistema comunista o capitalista. Es absurda la infantil comparación de la economía española de 1976 con la de 1936. Es como comparar las marcas de nuestros atletas de 1976 con las de 1936. Donde se confrontan es en las olimpiadas con el progreso de los demás países. Como es lógico, nuestros atletas de hoy no compiten con los atletas extranjeros de 1936. Y así hacen el triste papel que todos sabemos. Tengamos bien presente este ejemplo a la hora de entonar alabanzas al Régimen.

Es absurdo que se empleen argumentos tan poco sólidos como materialistas, como el utilizado recientemente por uno de los dirigentes de la nueva “Alianza electoral” —por ellos llamada “Alianza Popular”— señalando que el Estado de obras al que él perteneció ha sido capaz de convertir una España de alpargata en una España de coche. Es triste que en esta misma trampa caigan algunos de nuestros camaradas, cuando a la hora de cantar las alabanzas del Régimen, señalan que de una España analfabeta hemos pasado a ser la décima potencia industrial del mundo. Prescindiendo de que son argumentos puramente materialistas y cuyo logro ni justifica los sacrificios dedicados, ni corresponde a los postulados marcados por José Antonio, podemos añadir que además, son ficticios. El que en España se haya pasado de la alpargata al coche entre 1936 y 1976, es algo normal y lógico en la inmensa mayoría de los países civilizados. En cuando a pretender que los españoles nos sintamos orgullosos de figurar en un décimo puesto de las potencias industriales es tan absurdo y tan artificial como pretender que los panameños o los liberianos se enorgullezcan de ser las primeras potencias mundiales de flotas mercantes. Todos sabemos que tradicionalmente todos los armadores del mundo han venido matriculando sus barcos en Panamá y Liberia por las ventajas fiscales que ofrecen. Por lo mismo, cuando se habla de la “industria española” nadie —medianamente enterado— se enorgullece de ella, porque sabe que son las empresas extranjeras multinacionales que han venido a España por su condición de “paraíso fiscal”, amen de las facilidades naturales para la evasión de capitales. No es cuestión de demagogia. Es cuestión de frías cifras. Me remito al libro antes citado, donde figuran los miles de millones de dólares que nos cuesta en pago de “royalties” ser la décima potencia industrial del mundo, ya que la FIAT, la ITT, la misma Ford, recientemente inaugurada, no regala sus fábricas a España, sino que invierte dinero en España. De la misma forma que los armadores extranjeros no regalan sus barcos a Liberia o Panamá. Sólo los matriculan. No quiero despertar en el auditorio un falso sentimiento de patriotismo. Únicamente estoy señalando que es una falacia presentar la producción de la ITT, la Ford o la Hoeschst como los logros de la “industria española”. Lo que hace España es prestarle nuestro suelo y nuestra mano de obra, en mejores condiciones económicas y fiscales que en sus propios países.

Pero aparte de todo esto, insistimos que estos argumentos, por su carácter materialista, —aun en el caso de que fuesen ciertos, que no lo son— serían válidos para un comunista, pero jamás para un falangista. Para nosotros, el Alzamiento y el Régimen del 18 de julio no se justifican con tales argumentos de carácter materialista. Por esta regla de tres, tendríamos que hacernos comunistas, porque el régimen soviético haya sido capaz de convertir un pueblo de harapos —con los que se enrollaban los pies los pobres campesinos rusos— en un país del “Sputnik” y de las naves espaciales, o porque la Alemania comunista supere a España en su índice de crecimiento industrial.

Dejemos estos argumentos para aquellos que profesen una concepción materialista de la vida y de la Historia. Nosotros los falangistas, a la hora de alabar o criticar el Régimen lo hemos de hacer en razón a si nos hemos acercado o nos hemos alejado de la revolución que José Antonio quería para España. Recordemos sus palabras: “Queremos implantar una justicia social profunda, para que sobre esa base los pueblos vuelvan a la supremacía de lo espiritual”. Ese es nuestro baremo a la hora de juzgar un régimen político. Esas son nuestras normas; nuestra regla y cartabón, a la hora de trazar un juicio sobre el Régimen de estos últimos 40 años: *la justicia social y la Patria como unidad de destino*.

De un lado, es evidente que la etapa de “implantar una justicia social profunda” no se ha llevado a cabo. Ahí tenemos el cuadro de la España millonaria: la España del millón de parados; la España del millón de emigrantes; la España del millón de déficit de puestos escolares; la España del millón de déficit de viviendas sociales; la España del

todavía millón de analfabetos; etc.

En cuanto a la Patria como unidad de destino, la fe colectiva en un destino nacional, la vuelta a la supremacía de lo espiritual, (que de distintas formas lo denomina José Antonio), ahí tenemos el triste panorama de una España mendigando la carta de homologación democrática; de un separatismo egoísta y virulento en varias provincias españolas; ahí tenemos la celebración —con toda espectacularidad— de congresos del Partido Socialista, de la UGT y de tantas otras organizaciones derrotadas en 1939, cuyos actos empiezan y terminan con el cántico de la Internacional y los puños en alto de los asistentes; ahí tenemos los recibimientos multitudinarios a los viejos exiliados que no regresan por supuesto vencidos y arrepentidos, sino con aires triunfadores, haciendo el signo de la victoria.

Es vergonzoso comprobar la “imperturbable serenidad” de nuestras autoridades ante el terrorismo organizado. Según parece está muy por encima el interés de conservar una buena imagen ante los países democráticos, uno de los cuales —nuestra vecina Francia— sirve de seguro refugio a los autores de asesinatos cometidos bajo el signo de la “libertad”.

Si después de tantos años de sacrificios y privaciones hemos venido a caer en lo económico en una casi total dependencia del exterior: turismo; emigración; inversiones extranjeras como columnas básicas de nuestra economía, en lo político es difícil encontrar ya un ápice de dignidad nacional. Prácticamente no tenemos Patria. Simplemente tenemos un país; un número determinado de kilómetros cuadrados; esa “unidad de destino en lo universal” que quería José Antonio. Hemos sido una nación dedicada todos estos últimos años a elevar el nivel de renta, con objetivos exclusivamente materialistas, empeñando en ello todo: nuestro patrimonio, nuestra dignidad, nuestra alma como Patria. Es indignante el complejo de inferioridad de nuestros gobernantes ante las cancillerías extranjeras. Al revés de lo que quería José Antonio, están convirtiendo en algo humillante el ser español. A los falangistas no nos duelen las violentas campañas de protesta contra nuestras representaciones diplomáticas en el extranjero del pasado año, con motivo del fusilamiento de unos terroristas, o las manifestaciones de prostitutas a favor de la democracia en España; lo que sí nos duele profundamente es esa actitud defensiva, de encogimiento, de pasividad, confiando y esperando “con imperturbable serenidad” a que regresen los embajadores, acogiéndolos con un suspiro de alivio, cuando se dignan hacerlo.

Pero a la hora de hacer la crítica a la España actual, hemos de ser lógicos y consecuentes. No se puede lanzar denuestos contra la situación política actual y a la vez lanzar el botafumeiro de los elogios respecto a la situación política anterior al 20 de noviembre de 1975. Quien se rasgue las vestiduras ante una Universidad del Estado financiando propaganda y actividades comunistas, ante la ola de pornografía, o ante las manifestaciones callejeras con banderas rojas y puños en alto, debe reconocer que todo esto no ha surgido por generación espontánea, y que con anterioridad al 20 de noviembre pasado, ya existía —en mayor o menor grado— a partir del 20 de noviembre, se ha acelerado el proceso, nada más.

Es necesario recordar que la desaparición del Frente de Juventudes o del SEU no ha sido obra de los comunistas o de la masonería, sino una decisión del propio Régimen nacido el 18 de julio que no toleraba crítica alguna. Ni roja, ni azul. Es necesario reconocer que no ha sido Santiago Carrillo quien impidió una respuesta contundente y digna ante las campañas exteriores del pasado año o ante la protección que los terroristas reciben en Francia después de cometidos sus asesinatos. Esta política de aguantar encogidos y mudos el chaparrón de insultos y vejaciones, ha sido una constante del Régimen nacido el 18 de julio. También es necesario refrescar la memoria de algunos, de que se han cumplido al pie de la letra las “previsiones sucesorias”. Que no ha habido “ruptura” (al menos por ahora). Que después del 20 de noviembre pasado, el primer gobierno que se formó estuvo compuesto por hombres que ya habían sido ministros en otras etapas del Régimen, o que ocuparon altos cargos de responsabilidad. No se trataba, pues, de hombres venidos del exilio, de México o de Moscú. En cuanto a los componentes del gobierno actual, todos sabemos que son hombres que políticamente han nacido y se han desarrollado dentro de esa estricta fidelidad al Régimen que tanto agradaba a nuestras antiguas jerarquías del Movimiento. Una fe ciega en el Mando, según la cual la obediencia servil a la persona estaba por encima de la fidelidad a los principios. Curiosamente son las personas que hoy empuñan la piqueta derribando todas estas instituciones tan cuidadosamente pensadas para que funcionasen después de la muerte de quien las creó. No han surgido por generación espontánea. Esas personas han sido los alevines del Régimen. Han sido los servidores dóciles y astutos que han sabido tener el “a tus órdenes” siempre a flor de labios; los que siempre se han encogido ante cualquier situación conflictiva. Han ido promocionándose sobre la base de haber aprendido a sofocar su conciencia, primando en ellos el sentido del equilibrio y la supervivencia. ¿De qué se extrañan ahora muchos de que estos hombres jóvenes

de edad, pero viejos de espíritu, sean capaces de traicionar sin el menor rubor todos y cada uno de los Principios del Movimiento Nacional a los que juraron lealtad? A los 20 ó 25 años, en la edad de los mejores ideales, se les enseñó con toda tranquilidad a traicionar su conciencia si no querían recibir el cese. ¡Qué no serán capaces ahora de traicionar estos expertos en el decir y el desdecir!, el prometer y el incumplir; estos expertos en ser fieles a cada ministro de turno. Precisamente por todas las hipocresías que se vieron obligados a realizar para mantenerse en sus cargos y seguir promocionándose, tienen ahora más prisa —y algunos más saña— en derribar todo aquello en que ellos participaron. Saben que ya no es fuente de poder y que para nada sirve.

Los culpables no han sido sólo ellos, sino aquellos que los eligieron y los promocionaron. Aquellos que los educaron en la fidelidad a las personas, no a las ideas, y mucho menos a los ideales. Los ideales no cambian; las personas, sí. Por ello, siempre nos ha gustado la consigna campamental tomada de una frase de San Francisco de Borja: “No más servir a señor que pueda morir”. Ahí está la gran diferencia entre los sectores falangistas. Algunos pusieron toda su fe y juraron fidelidad a una persona. Incluso pretenden prolongarla más allá de su muerte, porque subconscientemente, defendiendo su memoria, justifican de paso su conducta hartamente equivocada. Nosotros, por creer que la frase de San Francisco de Borja era exacta, hemos enseñado a nuestros jóvenes camaradas que su espíritu de servicio, que su ímpetu juvenil no podía jamás ser entregado a una persona, por perfecta que ésta pareciese. Su fidelidad, su entrega había de ser hecha a una idea, a unos ideales; a algo por lo que merece la pena sacrificarse o incluso morir. Nuestra devoción por José Antonio no es sentimental, sino racional. Reconocemos en él al fundador de una gran doctrina —de un cuerpo total de doctrina, y no simplemente a un poeta— creador de una manera de ser, de un estilo y modo de vida.

Termino ya. El tiempo no da para más. Hubiera querido hacer referencia al discurso fundacional estableciendo un paralelismo con el discurso del Cine Madrid antes citado. Frente a aquellos pretendidos exegetas de la doctrina de José Antonio que afirman que el discurso de la Comedia es un discurso de derechas, nosotros afirmamos que fue un discurso de un mérito enorme, demostrando claramente que José Antonio, desde el primer día tenía en su mente privilegiada el esquema, la arquitectura de lo que quería que fuese la Falange.

Nada más camaradas. Sin grandes aspavientos; sin vanas ilusiones; con los pies firmemente puestos sobre la triste realidad actual de España, pero con el corazón y la mente puestos en los ideales que nos marcó José Antonio, reafirmados con el ejemplo de su vida y de su muerte, nos comprometemos a seguir luchando por transformar esta España, que sigue sin gustarnos. Camaradas. Por la resurrección de la Falange.

¡Arriba España!

[Texto íntegro del discurso de Sigfredo Hillers, pronunciado Palacio de Exposiciones de Madrid, el 29 de octubre de 1976, y que no pudo pronunciarse en su totalidad debido a los incidentes que acabaron con la disolución del acto].

